

entre la límpida atmósfera y el oro claro del sol, ocupando todo el cielo y dominando por completo la ciudad.

¡Ah! ¡La Roma de ese primer encuentro, la Roma matinal de la que, ardiendo con la fiebre de la llegada, ni siquiera se había fijado en los barrios nuevos, cuantas esperanzas no le hacía concebir esa Roma que creía encontrar viva y tal cual él la soñára! Y en un día tan hermoso, mientras que, en pié y envuelto en su modesta sotana negra, la contemplaba así, se figuró que subía de los techos de esa tierra sagrada, dos veces reina del mundo, una promesa de paz universal! Esta era la nueva Roma, la tercera Roma cuya paternal ternura pasaría por cima de las fronteras, buscaría á todos los pueblos para reunirlos consolados en un común abrazo. La veía, la oía tan rejuvenecida, tan dulce de infancia bajo el grande y puro cielo, como volando con la frescura de la mañana, en el candor apasionado de su ensueño.

Pedro se separó al cabo de la contemplación de tan sublime espectáculo. Con la cabeza baja y al sol, no se habían movido ni el cochero ni el caballo. En la banqueta estaba abrasando la maletita de mano, calentada por el astro del día cada vez más elevado.

Subió al coche repitiendo otra vez las señas:

—Via Julia, palacio Boccanera.



## II

A esa hora la vía Julia, que se extiende en línea recta cosa de unos quinientos metros desde el palacio Farnesio á la iglesia de San Juan de los Florentinos, estaba iluminada por la clara luz de un sol resplandeciente que la enfilaba de un extremo á otro, blanqueando el menudo empedrado de su arroyo sin aceras. El carruaje la recorrió casi por completo entre antiguas y grisientas viviendas que la bordeaban, como adormecidas y vacías, con sus grandes ventanas resguardadas por férreas enormes rejas, con profundos pórticos que permitían ver sombríos patios, semejantes á pozos. Abierta por el papa Julio II, que soñó adornarla con magníficos palacios, fué la vía más regular y hermosa de Roma en aquella época y sirvió de corso en el siglo XVI. Se comprendía que allí había existido un antiguo y hermoso barrio condenado al silencio, al desierto del abandono é invadido por una especie de

dulzura y discreción clericales. Sucediáanse unas á otras las antiguas fachadas, las ventanas cerradas, algunas verjas adornadas con plantas trepadoras, los gatos serrados en las puertas, las tiendas oscuras de un comercio humilde, instalado en los bajos, mientras que los transeuntes eran contados, viéndose entre ellos mujeres sin nada á la cabeza acompañando chiquillos, una carreta cargada de heno de la que tiraba un mulo, un hombre de soberbio aspecto vestido con tosco sayal de paño burdo y un velocipedista deslizándose sin hacer ruido con su máquina que centelleaba al sol.

Al cabo el cochero se volvió y señalando un gran edificio cuadrado, emplazado en la esquina de una estrecha callejuela que iba á parar al Tiber, dijo:

—Palacio Boccanera.

Levantó Pedro la cabeza y le oprimió un tanto el corazón aquel severo caserón, ennegrecido por la edad, de una arquitectura tan desnuda y maciza. Lo mismo que el palacio Farnesio y el palacio Sacchetti, sus vecinos, habíalo construído Antonio de San Gallo, allá hácia el 1540 é igualmente que para el primero la tradición popular sostenía que el arquitecto había empleado en su construcción piedras robadas al Coliseo y al Teatro de Marcelo. Era vasto y cuadrado, tenía sobre la calle una fachada con siete ventanas y tres pisos, y el primero de éstos muy elevado de techo y de aspecto noble. Por todo adorno las rasgadas ventanas del cuarto bajo, cerradas por enormes labradas rejas salientes en previsión de algún asedio, se apoyaban en grandes cartelas y coronadas por aticos que, á su vez, descansaban en otras cartelas también esculpidas, pero más pequeñas. Encima de la monumental puerta de entrada con hojas de bronce, y delante del hueco correspondiente á

ventana del centro había un balcón volado. La fachada terminábase en lo alto con una cornisa suntuosa cuyo friso presentaba una gracia y una pureza de ornamentación admirables. Este friso, lo mismo que las cartelas y áticos de las ventanas y las jambas y el dintel de la puerta eran de mármol blanco, pero ya tan empañado, tan desmenuzado, que había adquirido el granillo rudo y amarillento de la piedra. A derecha é izquierda de la puerta hallábanse dos antiguos bancos sostenidos por animales mitológicos y también tallados en mármol, viéndose aún empotrada en uno de los ángulos del edificio, una preciosa fuente estilo Renacimiento, seca á la sazón y formada por un amorcillo montado sobre un delfín, cosas ambas casi imposibles de reconocer, de tal manera el tiempo había borrado los relieves.

Lo que más que nada atrajo las miradas de Pedro, fué un escudo de armas esculpido encima de una de las ventanas del cuarto bajo; el escudo de las armas de los Boccanera, un dragón alado arrojando llamas por la boca y aun se leía con toda claridad la divisa que había quedado intacta *Bocca nera, Alma rossa*, boca negra, alma roja. Encima de otra de las ventanas, y como haciendo pareja, había uno de esos retablos tan numerosos aun en Roma; una santa Virgen vestida de raso, ante la cual, hasta en pleno día, ardía una lámpara.

Como de costumbre iba el cochero á internarse en el pórtico abierto y sombrío, cuando el presbítero, obedeciendo á un impulso de timidez, le detuvo:

—No, entréis,—le dijo,—es inútil.

Apcóse del carruaje, pagó al cochero y se halló con

la maletita en la mano, bajo la bóveda primero y después en el patio central sin haber encontrado alma viviente.

Era un patio cuadrado, bastante espacioso, rodeado de un pórtico lo mismo que si fuese un claustro. Bajo aquellas arcadas medio derrumbadas, veíanse restos de estatuas, hojas de mármol, un Apolo sin brazos, una Venus de la que no quedaba más que el tronco, todo ello apoyado en las paredes. Una hierba menudita y fina había crecido entre las piedras que cubrían el piso, formando un mosaico negro y blanco. Parecía como que el sol no llegaba nunca hasta aquel suelo enmohecido por la humedad. Reinaba allí la sombra, el silencio de una grandeza muerta y de una tristeza infinita.

Sorprendido Pedro por el vacío de aquel palacio mudo, buscó á alguno, á un portero, á un criado y habiendo creído ver pasar una sombra se decidió á internarse en otra bóveda que conducía á un jardinillo emplazado sobre el Tíber. Por este lado la fachada lisa y sin ningún adorno no presentaba más que las tres hileras de sus ventanas simétricas. El aspecto del jardín, con su abandono, le oprimió aún más el corazón. En el centro, y en un magnífico pilón lleno de tierra, habían crecido grandes matas de box amargo. Entre la mala hierba, que crecía en abundancia y completa libertad, elevábanse unos cuantos naranjos de dorado maduro fruto, que eran los únicos que indicaban cual era la dirección de los paseos que bordeaban. Arrimado á la pared de la derecha, y entre dos laureles enormes, había un sarcófago del siglo II, con bajo-relieves que representaban faunos persiguiendo mujeres, una bacanal desenfrenada, una de esas escenas, en fin, de amor voraz con que la Roma de la decadencia adornaba las

ambas, y convertido en depósito de agua aquel sarcófago de mármol desportillado, mohoso, recibía el delgado chorrito de agua que se desprendía de una trágica carátula empotrada en la pared. En tiempos antiguos abríase allí sobre el Tíber una especie de *logia* porticada, una azotea, desde la que, por una doble escalinata, se podía bajar hasta el río. Pero con los trabajos de los muelles empezaban ya á levantar las orillas y el resultado era que la terraza se encontraba más baja que el suelo nuevo, rodeada de escombros, de piedras de sillería abandonadas, y del despanzurramiento yesoso y lamentable que trastornaba todo el barrio.

Aquella vez al menos, tuvo Pedro la seguridad de haber visto la sombra de una falda. Volvióse al patio y se encontró cara á cara con una mujer que debía frisar en los cincuenta años, pero que no tenía ni un pelo blanco, y sí el aire muy alegre y vivo, con su estatura no muy alta. No obstante, al ver á un cura, su rostro redondo, iluminado por unos ojillos claros, reveló algo como desconfianza.

Pedro procuró enseguida explicarse apelando para ello á algunas palabras del mal italiano que hablaba:

—Señora, soy el abate Pedro Froment...

No le dejó ella continuar, y en buen francés, con ese acento lento y un poco pastoso de Ile-de-France, le dijo:

—¡Ah! ¡Ya lo sé, señor abate! ¡Ya lo sé! Os aguardaba, tengo órdenes...

Y observando que la miraba con asombro:

—Soy francesa... hace veinticinco años que vivo en este país y aún no he podido acostumbrarme á su condenada lengua!

Recordó entonces Pedro que el vizconde Filiberto

de la Choue habíale hablado de aquella criada, de Victorina Bosquet, una *beauceronna*, de Auneau que cuando tenía veintidos años había ido á Roma acompañando á una señora tísica, cuya brusca muerte la dejó como perdida en un país de salvajes. Por esto se entregó en cuerpo y en alma á la condesa Ernesta Brandini, una Boccanera que acababa de dar á luz y que la recogió en la calle para convertirla en la niñera de su hija Benedetta, con la idea de que ayudaría á la niña á aprender el francés. Hacía veinticinco años que se hallaba sirviendo á aquella familia y había conseguido llegar hasta el rango de ama de gobierno sin dejar por eso de ser una ignorante, tan desprovista del dón de lenguas que sólo consiguió chapurrear un italiano detestable, útil para las necesidades del servicio en sus relaciones con los demás criados.

—¿Y cómo sigue el señor vizconde?—añadió con su franca naturalidad.—¡Es tan amable y nos da tanta alegría cuando se hospeda aquí en cada viaje! Sé que la princesa y la *contessina* han recibido ayer una carta suya en la que les hablaba de vuestra llegada.

El vizconde Filiberto de la Choue era quien, en efecto, lo había preparado todo para la estancia de Pedro en Roma. De la antigua y vigorosa raza de los Boccanera, no quedaban más que el cardenal Pío Boccanera, su hermana la princesa, vieja solterona á la que por respeto llamaban *donna* Serafina, después su sobrina Benedetta de la que Ernesta, su madre, siguió á la tumba á su marido el conde Brandini, y por último, el príncipe Dario Boccanera, cuyo padre el príncipe Onofrio Boccanera había muerto y la madre, una Montefiori, contraído segundas nupcias. Por la casualidad de una alianza había el vizconde emparentado con esa

familia; su hermano pequeño casóse con una Brandini, hermana del padre de Benedetta y era de ese modo, á título complaciente de tío, como en distintas ocasiones habíase hospedado en el palacio de la vía Julia en vida del conde. Profesaba gran cariño á la hija de éste, sobre todo después de cierto drama íntimo de un matrimonio desgraciado que se trataba de hacer anular. A la sazón, que Benedetta había vuelto al lado de su tía Serafina y de su tío el cardenal, la escribía con mucha frecuencia ó la enviaba libros desde Francia. Entre otros, le mandó el vizconde el de Pedro, y toda la historia empezó allí, cartas cambiadas y más tarde una de Benedetta manifestando que la obra había sido denunciada á la Congregación del Índice y, aconsejando al autor á que acudiese á defenderlo y ofreciéndole graciosamente la hospitalidad en el palacio. El vizconde, tan asombrado como el jóven presbítero, no comprendió la razón de ello y le decidió á emprender el viaje, por buena política, apasionándole una victoria que de antemano hacía suya. En estas circunstancias comprendíase el azoramiento de Pedro al caer en aquella casa tan inmensa y desconocida, y comprometido con una aventura heroica cuyas razones y condiciones no acertaba á explicarse.

De pronto dijo Victorina:

—Os dejé, señor cura, ahí y no me acordé de nada... voy á acompañaros á vuestra habitación ¿en dónde está vuestro equipaje?

Quedóse muy sorprendida después, cuando la enseñó la maletita, que se había decidido á dejar en el suelo y la explicó que para una estancia de quince días creyó que tenía suficiente con una poca ropa blanca y una sotana mas.

CAPILLA ALFONSO VI  
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

—¡Quince días! ¿Os figuráis que no váis á estar aquí más que quince días? En fin, ya lo veréis.

Y, llamando á un gran diablo de lacayo que al cabo se había decidido á presentarse, le ordenó:

—Subid eso, Giacomo, al gabinete rojo: ¿tenéis la amabilidad, señor abate, de seguirme?

El encuentro, tan imprevisto, en el fondo de aquel sombrío palacio romano, de una compatriota tan vivaracha y buena mujer, prodújole á Pedro algo como consuelo. A la sazón, y mientras atravesaban el patio, escuchóla como le contaba que la princesa había salido y que la *contessina*, como seguían llamando por cariño á Benedetta en la casa, no obstante su casamiento, no se había movido de su cuarto porque estaba algo enferma; pero Victorina repitió que tenía órdenes recibidas.

La escalera estaba situada en un ángulo del patio bajo el pórtico; era una escalera monumental con los escalones tan anchos y bajos y de una pendiente tan suave, que un caballo habría podido subir por ellos sin ninguna dificultad. Al ver, sin embargo, aquellas paredes de piedra tan desnudas, aquellos corredores y recibimientos tan solemnes y vacíos, dijérase que una melancolía de muerte se desprendía de las altas bóvedas.

Al llegar al primer piso y observar lo emocionado que estaba Pedro, sonrióse Victorina. El palacio parecía estar deshabitado, pues ningún ruido se oía en sus cerrados salones. El ama de gobierno señaló con un sencillo ademán una gran puerta de encima que se habría á la derecha.

—Su eminencia ocupa aquí el ala que da sobre el patio y el río ¡oh! pero nada más que escasamente una cuarta parte... Los salones que dan á la calle y estaban

destinados á recepciones se cerraron ¿cómo era posible sostener y cuidar eso, y sobre todo para qué? Se necesitarían muchos criados.

Continuó subiendo con mucha viveza, habiendo permanecido siempre, á la cuenta, demasiado extraña, demasiado diferente de todo aquello para que pudiese hacerla mella ó penetrarse del medio en que vivía. Al llegar al segundo piso, añadió:

—Mirad, aquí, á la derecha están las habitaciones de *donna* Serafina y á la izquierda tenéis las de la *contessina*. Este es el único rincón de la casa en que hay un poco de calor y en el que se vé que hay vida. Además hoy es lunes y la princesa recibe esta noche; ya lo veréis.

Abrió después una puerta que comunicaba con otra escalera muy estrecha.

—Nosotros estamos en el tercero... ¿quiere el señor abate que pase delante?

La gran escalera de honor terminaba en el segundo, y Victorina le explicó que el tercer piso no tenía más comunicación que aquella escalera de servicio que llegaba hasta la calle siguiendo uno de los costados del palacio é iba á parar al Tíber. Allí había una puerrecilla de escape y esto era sumamente cómodo.

Cuando llegaron al tercer piso siguió un corredor y enseñó otra vez varias puertas.

—Esta es la habitación de don Vigilio, el secretario de su eminencia... esta es la mía... y hé aquí la que va á ser la vuestra... Siempre que el señor vizconde viene á pasar unos días en Roma, no quiere más habitación que ésta. Dice que así tiene más libertad y sale y entra cuando se le antoja. Lo mismo que á él os daré una

llave de la puerta de abajo, y ahora veréis que vistas más hermosas tiene el cuarto.

Victorina le precedió; la habitación se componía de dos piezas, un salón bastante espacioso, cuyas paredes estaban cubiertas de un papel rojo con grandes ramajes y un gabinete con un papel gris lino sembrado de descoloridas florecillas. El salón formaba la esquina del palacio y tenía vistas sobre la callejuela y el Tíber. Victorina abrió enseguida las dos ventanas desde una de las cuales se veía en lontananza el río aguas abajo y desde la otra el Transtíbere y el Janículo, en frente, al otro lado del río.

—¡Ah! ¡Sí, efectivamente es muy hermoso! — dijo Pedro que la había seguido y estaba detrás de ella.

Sin apresurarse llegó Giacomo tras ellos con la maletita. Eran las once dadas. Entonces, viendo que el presbítero estaba muy cansado y comprendiendo que debía tener necesidad de tomar algo después de un viaje tan largo, Victorina le indicó la conveniencia de mandarle servir enseguida el almuerzo allí en el salón. Después le quedaría la tarde para poder descansar y á las señoras no las vería hasta la noche, á la hora de la comida. Pedro protestó diciendo que saldría y que no estaba dispuesto á perder una tarde entera; pero aceptó el almuerzo porque en efecto se moría de hambre.

Tuvo sin embargo Pedro que tener paciencia durante una media hora larga. Giacomo, que le servía á las órdenes de Victorina, no se daba ninguna prisa y el ama de gobierno, muy desconfiada, no abandonó al viajero hasta después de asegurarse de que realmente no carecía de nada.

—¡Ah! ¡Qué gentes y qué país, señor abate! No es posible que os forméis ni la menor idea de lo que

son. Aunque estuviese cien años aquí no me acostumbraría... ¡Ah! ¡Si no fuese por la *contessina* que es tan hermosa y buena!

Luego, y al mismo tiempo que colocaba en la mesa un plato con higos, asombró á Pedro cuando añadió que en una población en la que no había más que curas, no podía ser una ciudad buena. Aquella criada incrédula, tan activa y alegre y en aquel palacio, empezaba á asustarle.

—¡Cómo! ¿No tenéis religión?

—¡No! ¡No! Habéis de saber, señor abate, que eso de los curas no es mi negocio. Cuando era pequeña conocí uno en Francia. Mas adelante, aquí, he visto tantos y todo se concluyó... No digo eso por su eminencia, que es un santo hombre digno de todos los respetos... Y ya saben en la casa que yo soy una mujer honrada y que jamás me porto mal. ¿Por qué no me han de dejar tranquila desde el momento en que quiero tanto á mis amos y cumplo á conciencia en su servicio?

Terminó Victorina sus observaciones con una franca carcajada.

—¡Ah! Cuando me dijeron que iba á venir un cura, como si aquí no hubiese antes bastantes, gruñí hasta por los rincones... Pero vos tenéis el aire de ser un honrado joven y creo que nos entenderemos á maravilla... No sé á causa de que me entretengo en contaros todo esto tan á la menuda, será sin duda porque venís de allá abajo ó quizás por que la *contessina* se interesa mucho por vos... En fin, sea como quiera; me dispensaréis ¿no es verdad? Creedme, señor abate, descansad hoy y no hagáis la tontería de iros á dar vueltas por la ciudad en la que no hay esas cosas tan divertidas que ellos dicen.

Al quedarse sólo, sintióse Pedro bruscamente rendi-

BIBLIOTECA CAPITALE ALFONSO XIII

do por el cansancio acumulado del viaje, aumentado por la mañana de fiebre entusiasta que había vivido y, como embriagado, aturdido por el par de huevos y la chuleta comidos apresuradamente, echóse vestido a la cama con el pensamiento de descansar durante una media hora. No se quedó dormido enseguida si no que pensó en aquellos Boccanera cuya historia conocía en parte, cuya vida íntima veía como en sueños con el natural aumento de las primeras sorpresas, á través de ese palacio desierto y silencioso, de una grandeza tan destartalada y melancólica. Fuéronse después embrollando sus ideas, se deslizó al sueño entre un pueblo de sombras, trágicas unas, otras dulces, de facies confusas que le contemplaban con ojos de enigma y dando vueltas en lo desconocido.

De la familia Boccanera habían salido dos papas: uno en el siglo trece y otro en el quince y era de esos elegidos, amos todo poderosos, de los que en otros tiempos habían recibido su inmensa fortuna, tierras y haciendas considerables hácia la parte de Viterbo, muchos palacios en Roma, objetos de arte para llenar sus galerías, y montones de oro para colmar las cuevas. La familia pasaba por ser la más piadosa del patriciado romano, por ser aquella en la que ardía la fe y cuya espada estuvo siempre al servicio de la Iglesia; la más creyente, pero también la más violenta y la más batalladora, continuamente en guerra y de una salvajez tal, que la cólera de los Boccanera habíase convertido en proverbio. Y de ahí procedían sus armas, el dragón alado vomitando llamas, el lema, ó divisa, ardiente y feroz que se basaba en su apellido *Bocca nera*, *Alma rossa*, boca negra, alma roja, la boca como entenebrecida por un rugido y el alma ardiendo como un brasero de fuego.

de amor. Circulaban aún leyendas de pasiones sin fin ó de terribles actos de justicia. Se contaba como una leyenda el duelo de Onfredo, el Boccanera que á mediados del siglo décimo sexto había mandado construir el palacio actual en lugar de un antiguo caserón que derribó. Habiendo sabido Onfredo que su esposa se había dejado besar en los labios por el joven conde de Costamagna, hizo que una noche se apoderasen de éste y se lo llevasen á su casa en la que, sin desatarlo le obligó á que se confesase con un monje. Enseguida cortó las cuerdas con un puñal, tiró al suelo las lámparas y ordenó al conde que conservase el arma y se defendiese. Durante más de una hora y rodeados de una oscuridad completa, en el fondo de aquella sala llena de muebles los dos hombres se buscaron, esquivaron los encuentros ó se asieron acribillándose á puñaladas. Cuando más tarde echaron abajo las puertas, encontraron entre charcos de sangre y á través de las mesas derribadas, de las sillas hechas pedazos, á Costamagna con la nariz cortada y las piernas acuchilladas por treinta y dos puñaladas mientras que Onfredo había perdido dos dedos de la mano derecha y tenía los hombros hechos una criba. Lo milagroso fué que ni el uno ni el otro murieron. Cien años después, en esa misma ribera del Tiber, una Boccanera, una niña que apenas tenía dieciseis años, la hermosa y apasionada Cassia, llenó á Roma de asombro y de terror. Amaba á Flavio Corradini, el hijo de una familia rival, execrada, á que su padre, el príncipe Boccanera, no quería unirle y su hermano mayor Ercole, había jurado matar si alguna vez le encontraba á su lado. Corradini iba á verla en una barca y Cassia bajaba á reunirse con él por la escalerilla que iba á parar á la orilla del río. Una noche Erco-

BIBLIOTECA ALFONSO X

le, que los estaba acechando, saltó á la barca y clavó su puñal en el corazón de Flavio Corradini. Más tarde se pudieron reconstituir los hechos y se comprendió que entonces Cassia iracunda, loca, desesperada, haciendo justicia y no queriendo sobrevivir á su amor, se arrojó sobre su hermano y cogiendo en el mismo irresistible abrazo á la víctima y al asesino hizo zozobrar la barca. Cuando encontraron los tres cuerpos, Cassia oprimió aún los de los dos hombres, chafando el uno contra el otro sus rostros entre sus desnudos brazos que conservaban su blancura de nieve.

Sucedió esto empero en épocas desaparecidas. A la sazón si quedaba la fe, la violencia de la sangre parecía haberse calmado en los Boccanera. Su gran fortuna también se había ido en medio de esa lenta decadencia que desde hace un siglo viene hiriendo con la ruina al antiguo patriciado romano. Habíanse tenido que vender las tierras y vaciarse el palacio, cayendo poco á poco en ese tren de burguesa medianía de los tiempos modernos. Los Boccanera al menos se negaban obstinadamente á toda alianza extranjera y su sangre romana se conservaba pura, de lo que estaban orgullosos. Con esto satisfacían su orgullo desmedido no siendo nada para ellos la pobreza, viviendo aparte y sin exhalar una queja en el fondo del silencio y de la sombra entre los que se acababa una raza. El príncipe Ascanio, que había muerto en 1848, dejó, de su unión con una Corvisieri, cuatro hijos; Pío, el cardenal, Serafina, que no quiso casarse para quedarse al lado de su hermano, y Onofrio y Ernesta no habiendo dejado más que una hija, no quedaba más que como heredero varón, único continuador del apellido, el hijo de Onofrio, el joven príncipe Darío, cuya edad frisaba en los treinta años.

Con éste, si moría sin dejar posteridad, debían desaparecer los Boccanera tan vivaces y cuya acción llenó la historia.

Desde muy niños amáronse Darío y su prima Benedetta con una pasión sonriente, profunda y natural. Habían nacido el uno para el otro y no imaginaban que hubiesen venido al mundo para otra cosa más que para ser marido y mujer cuando estuviesen en edad de hacerlo. El día en que, ya cerca de los cuarenta, el príncipe Onofrio, hombre muy amable y popular en Roma, que gastaba su mermada fortuna siguiendo su capricho, se decidió á casarse con la hija de la Montefiori, la marquesita Flavia, cuya soberbia belleza de Juno niña le enloqueció, fuese á vivir á la villa Montefiori, única riqueza, única propiedad que poseían aquellas señoras, situada hacia la parte de Santa Inés fuera de los muros; un jardín vastísimo, verdadero parque poblado de árboles centenarios que tenía en el centro una casa, cuya construcción pobre y mezquina databa del siglo xvii, caíase á pedazos. Acerca de aquellas señoras no corrían rumores muy favorables; la madre casi fuera de su lugar desde que quedara viuda y la hija demasiado hermosa y con modales en exceso conquistadores. Ese casamiento fué desaprobado de la manera más formal por Serafina, que era muy rígida y por el hermano primogénito Pío que, á la sazón, era sólo camarero secreto participante del Santo Padre y canónigo de la Basílica vaticana. Ernesta fué la única que no rompió sus relaciones con su hermano al que quería mucho por su carácter alegre. De tal manera fué esto, que más adelante su mejor distracción consistió en irse todas las semanas á pasar un día entero en la villa Montefiori. ¡Qué día más delicioso para Benedetta y Darío,



ella de diez años de edad y él de quince! ¡Qué día tan tierno y fraternal corriendo ó paseando á través de aquel jardín tan vasto, poco menos que abandonado con sus copudos pinos, sus bojés gigantes, sus bosquecillos verdes de encina entre los cuales se perdían como en un bosque vírgen!

Fué un alma apasionada y sufrida el alma pobre y ahogada de Ernesta, que nació con una necesidad muy grande de vivir, con sed de sol, de existencia dichosa libre y activa en pleno día. Citábasela por sus rasgados ojos claros, por el óvalo encantador de su dulce rostro. Era muy ignorante, como todas las hijas de la nobleza romana, y lo poco que sabía habíalo aprendido en un convento de religiosas francesas y nació enclaustrada en el negro fondo del palacio Boccanera, no conociendo el mundo más que por el paseo diario que daba en coche, en compañía de su madre, por el Corso y por el Pincio. Después, al llegar á los veinticinco años, cansada y desolada ya, casóse, como era de rigor, con el conde Brandini, hijo el más joven de una familia muy noble, numerosa y pobre. En el segundo piso del palacio de la villa Julia prepararon toda un ala para que en aquellas habitaciones se instalasen los recién casados. Y nada cambió; Ernesta siguió viviendo rodeada de la misma y fría sombra, bajo el peso de aquel pasado muerto, peso que ella sentía cada vez más sobre sus hombros como si fuese el de una losa sepulcral. Aparte de aquel casamiento, que fué muy honorable por una y otra parte, el conde Brandini pasó poco tiempo después en Roma por ser el hombre más orgulloso y necio que allí había. Profesaba una religión estrecha y formalista mostrándose intransigente y triunfó cuando consiguió, después de apelar á intrigas sin cuento y á sordos ma-

nejos que duraron diez años, hacer que le nombrasen caballero mayor de Su Santidad. Desde entonces, díjerase, que toda la pasada majestad del Vaticano había entrado por las puertas de su casa. Bajo Pío IX y hasta 1870, fué aun pasadera la vida para Ernesta, que se atrevía á abrir las ventanas que daban á la calle, recibía algunas amigas sin ocultarse ó aceptaba convites para asistir á algunas reuniones. Pero cuando los italianos conquistaron á Roma y el papa se declaró prisionero, la casa de la vía Julia convirtiéndose en un sepulcro. Cerraron la puerta grande, la atrancaron y en señal de duelo clavaron las hojas, y durante diez años no entraron y salieron más que por la puerta de la escalera de servicio que comunicaba con la callejuela. Prohibieron también que abriesen las persianas de la fachada. Aquello fué el enfurruñamiento, la protesta del mundo negro, el palacio reducido al silencio y á la inmovilidad de la muerte y además de esto una reclusión total, sin recepciones, pues solo se vieron raras sombras, las de los tertulios de *donna* Serafina, que los lunes se deslizaban por la estrecha puertecilla apenas entreabierta. Fué entonces, durante esos lúgubres diez años, cuando la joven señora lloró todas las noches, y aquel alma sordamente desesperada agonizó al verse así enterrada en vida.

Ernesta dió á luz muy tarde, es decir, cuando tenía ya treinta y tres años. Al principio la niña fué para ella una distracción; más tarde la ordenada existencia la recogió otra vez entre su engranaje aplastante, y tuvo que meter á su hija en el convento del Sagrado Corazón de la Trinidad de los Montes, bajo la dirección de las religiosas que á ella la habían educado. De allí salió Benedetta hecha ya una joven, á los diecinueve

años, habiendo aprendido el francés y la ortografía, un poco de aritmética, el catecismo y algunas páginas de historia. Y continuó como antes, una vida de gineceo en la que se presiente el Oriente, sin salir nunca con el padre ó con el marido, con los días pasados en el fondo de unas habitaciones cerradas y únicamente alegrados por el único respiro, por el eterno paseo obligatorio, la vuelta diaria al Corso y al Pincio. En el interior de la casa la obediencia era absoluta, los lazos de la familia conservaban una autoridad, una fuerza que las doblegaba á ambas bajo la voluntad del conde, esto sin rebelión posible, y á esa voluntad agregábanse las de *donna* Serafina y la del cardenal, severos acérrimos defensores de las antiguas costumbres. Desde que el papa había dejado de pasear por Roma, el cargo de caballero mayor ocupaba poco al conde porque las cuadras y cocheras habíanse reducido mucho; pero eso no impedía que hiciese su servicio en el Vaticano, mas solo como de aparato, desplegando gran celo devoto y como una protesta continua contra la monarquía usurpadora instalada en el Quirinal. Acababa Benedetta de cumplir los veinte años, cuando una tarde y de regreso de una solemnidad en San Pedro, volvió su padre tosiendo y tiritando. A los ocho días se murió á consecuencia de un catarro pulmonar. Y, en medio de su duelo, fué como una inesperada suerte inconfesada para aquellas pobres mujeres que se vieron libres.

Desde aquel instante no tuvo Ernesta más que un pensamiento; el de salvar á su hija de aquella existencia limitada por cuatro paredes, entre las que estaba como enterrada. Habíase ella aburrido demasiado y ya no la quedaba tiempo para renacer, mas no quería que á su turno viviese Benedetta una vida contra natura-

leza encerrada en una tumba voluntaria. Además ese cansancio, esa rebelión observábanse en algunas familias patricias las que, pasado el enfurruñamiento de los primeros tiempos, empezaban á aproximarse al Quirinal. ¿Porqué los hijos ávidos de acción, de libertad, de sol y de aire libre habían de sostener eternamente la querrela de los padres? Sin que se pudiese aun producir una reconciliación entre el mundo negro y el mundo blanco, confundíanse algunos matices y habíanse verificado imprevistas alianzas. La cuestión política era indiferente para Ernesta, que hasta la ignoraba, pero lo que sí deseaba con pasión era que su raza saliese de aquel execrable sepulcro, de aquel palacio Boccanera, negro, mudo, en el que sus alegrías de mujer habíanse helado con una muerte tan lenta. Había sufrido demasiado en el fondo de su corazón como hija, como amante y como esposa, y cedía á la cólera de su destino truncado sumida en una resignación imbécil. La elección de un nuevo confesor influyó también en su voluntad, porque Ernesta había seguido siendo muy religiosa y practicaba dócil á los consejos de su director espiritual. Para quedar más libre abandonó al padre jesuíta que su marido en persona la escogiera y lo reemplazó con el abate Pisoni, cura párroco de una iglesia vecina, de Santa Brígida, en la plaza de Farnesio. Era un hombre de cincuenta años, muy cariñoso y bueno, y de una caridad muy rara en país romano, pero al que la arqueología, la pasión de las piedras antiguas, había convertido en ardiente patriota. Se decía de él que, por muy humilde que fuese, en distintas ocasiones había servido de intermediario entre el Vaticano y el Quirinal para asuntos muy delicados. Al llegar también á ser confe-

sor de Benedetta, muchas veces habló con la madre y la hija de la grandeza de la unidad italiana, de la dominación triunfal de Italia el día en que el papa y el rey se pusiesen de acuerdo.

Amábanse Benedetta y Darío, lo mismo que el primer día, sin prisas, con ese amor fuerte y tranquilo de los amantes que saben pueden contar el uno con el otro. Sucedió empero por entonces que Ernesta se interpuso entre ambos oponiéndose á ese casamiento. ¡No! ¡Darío, no! Aquel pariente, el último de su apellido, no, porque encerraría también á su mujer en la negra tumba del palacio Boccanera! Sería aquello el sepelio continuo, la ruina agravada, la misma orgullosa miseria, el mismo enfurruñamiento que deprime y embrutece. Conocía bien á Darío y sabía que era débil y egoísta, incapaz de pensar y obrar, destinado á enterrar sonriendo á su raza, á dejar que las últimas piedras de su casa cayesen sobre su cabeza sin tener energía para fundar una familia nueva, y lo que Ernesta quería era otra fortuna, la renovación de su hija á la que deseaba ver rica floreciendo con la vida de los vencedores y los poderosos de mañana. Desde aquel instante la madre se obcecó en hacer la felicidad de su hija, á pesar de ésta, contándole sus penas, sus lágrimas, y suplicándole que no empezase otra nueva lamentable historia. Habriase sin embargo estrellado contra la pasiva voluntad de su hija, que se había entregado para siempre, si circunstancias especiales no la hubiesen puesto en relación con el yerno que soñaba. En la villa Montefiori, en donde Darío y Benedetta habían jurado quererse, fué en donde justamente encontró al conde Prada, al hijo de Orlando, uno de los héroes de la unidad italiana. Había ido á Roma desde Milán con su

padre cuando la ocupación, época en la que sólo contaba dieciocho años, y entró al principio como empleado en el ministerio de Hacienda, mientras que el anciano combatiente, nombrado senador, vivía modestamente con una pequeña renta, último resto de una fortuna consumida en servicio de la patria. En el hijo la hermosa manía guerrera del antiguo compañero de Garibaldi, convirtiéndose al día siguiente de la victoria en furioso apetito de botín y llegó á ser uno de los verdaderos conquistadores de Roma, uno de los hombres de presa que despedazaban y devoraban la ciudad. Comprometido en grandes especulaciones sobre terrenos y rico ya, á lo que se decía, acababa de unirse al príncipe Onofrio, al que deslumbró, inspirándole la idea de vender el gran parque de la villa Montefiori para construir allí un barrio nuevo. Afirmaban algunos que era el amante de la condesa, de la hermosa Flavia que, aun cuando le llevaba nueve años, estaba aun de muy buen ver. Había efectivamente en él una violencia de deseo, una necesidad de conquistar, de apoderarse, que hacía desapareciese para él todo escrúpulo ante la fortuna ó la mujer ajena. Desde el primer encuentro deseó á Benedetta. A ésta no podía obtenerla como querida, no estaba más que para casarse, y no vaciló ni un solo instante; rompió en seco con Flavia, sintiendo bruscamente hambre de aquella pura virginidad, de aquella sangre patricia que circulaba por un cuerpo tan adorablemente juvenil. Cuando comprendió que Ernesta, la madre, estaba de su parte, la pidió seguro de la victoria la mano de su hija. Fué una sorpresa muy grande para todos, porque Prada tenía quince años más que Benedetta, pero era conde, llevaba un apellido histórico, amontonaba millones, estaba bien visto en el Qui-

rinal y le sonreía el camino de la fortuna. Roma entera se apasionó.

Nunca se explicó Benedetta como acabó por ceder. Seis meses antes, seis meses después, era indudable que semejante casamiento no se habría llevado adelante ante el horroroso escándalo que había producido en el mundo negro. ¡Una Boccanera, la última de esa antigua raza papal, entregada á un Prada, á uno de los espoliadores de la Iglesia! Fué preciso que aquel descabellado proyecto se presentase en una hora especial y breve, en el momento en que se intentaba una aproximación suprema entre el Vaticano y el Quirinal. Corría el rumor de que iba á establecerse un acuerdo; que el rey consentía en reconocer al papa la propiedad soberana de la ciudad leonina, y de una estrecha faja de territorio que llegase hasta el mar; si esto era así ¿no iba á ser el casamiento de Benedetta y de Prada como el símbolo de la misión y de la reconciliación nacional? Aquella hermosa niña, el puro lirio del mundo negro ¿no era el holocausto consentido, la prenda entregada al mundo blanco? Durante quince días no se habló de otra cosa, se discutía, se enternecían y esperaban. Benedetta por su parte no entraba para nada en esas razones, no escuchaba más que á su corazón del que no podía disponer, puesto que lo había entregado ya. Pero desde la noche á la mañana tenía que sufrir las súplicas de su madre que la rogaba que no rehusase la fortuna, la vida que la ofrecían. Sobretudo estaba muy trabajada por los consejos de su confesor, el buen abate Pisoni, cuyo patriótico celo católico en aquella ocasión influía en ella con toda la fé que tenía en los destinos cristianos de Italia, y daba gracias á la Providencia por haber escogido una de sus ovejas para hacer que se

apresurase un acuerdo que debía hacer triunfar á Dios en el mundo entero. Y, con completa seguridad que la influencia de su confesor fué una de las causas decisivas de su determinación, porque era muy piadosa y muy devota, sobretodo de una virgen á la que iba á rezar todos los domingos en la pequeña iglesia de la plaza de Farnesio. Un hecho la impresionó mucho; el abate Pisoni la dijo que la llama de la lámpara que ardía delante de la imagen volvía blanca cada vez que él se arrodillaba para suplicar á la Virgen aconsejase el redentor casamiento á su penitente. De este modo obraron fuerzas superiores y Benedetta cedió por obedecer á su madre, á la que el cardenal y *donna* Serafina, quisieron contradecir primero y más tarde, cuando intervino la cuestión religiosa, dejaron que obrase como quisiese. Había crecido con una pureza, con una ignorancia absoluta, no sabiendo nada de sí misma, tan cerrada á la vida que casarse con otro que no fuese Darío esa sencillamente para Benedetta la ruptura de una antigua promesa de existencia común, sin el arrancamiento físico de su corazón y de su carne. Lloró mucho y en un día de abandono se casó con Prada, no encontrando voluntad bastante para resistir á los suyos y á todo el mundo, consumándose así un casamiento del que Roma entera había sido cómplice.

Y entonces, la noche misma de la boda, estalló el trueno. Prada, el piemontés, el italiano del Norte y de la conquista ¿dió pruebas de la brutalidad del invasor, quiso tratar á su mujer de igual manera que tratara á la ciudad como amo impaciente de saciarse? ¿O bien la revelación del acto fué solo imprevista para Benedetta y demasiado repulsivo para ella por parte de un hombre al que no amaba y al que no se pudo resignar á

soportar? Nunca lo explicó ella con claridad; pero cerró la puerta de su cuarto con violencia, echó el cerrojo y se negó obstinadamente á recibir á su marido. Durante un mes debió haber por parte de Prada furiosas tentativas, pues aquel obstáculo á la satisfacción de su pasión le enloquecía. Sentíase ultrajado; sangraba en su orgullo y en su deseo y juró que domaría á su mujer como se doma á una yegua resabiada, á latigazos. Toda la rabia sensual de un hombre fuerte se estrelló ante la indomable voluntad que había crecido en una noche bajo la frente estrecha y encantadora de Benedetta. En ella se despertaron los Boccanera; de buen grado no quería nada y nada en el mundo, ni aun la muerte la habría obligado á querer. Además de esto había en su ánimo, ante ese brusco conocimiento del amor, un retorno á Darío, la certidumbre de que solo á él debía entregar su cuerpo, puesto que á él solo se lo prometiera. Darío, después de celebrado el casamiento, que debió aceptar como se acepta un duelo, emprendió un viaje á Francia. Benedetta no se ocultó; le escribió para que volviese y se comprometió de nuevo á no pertenecer á otro. Aparte de esto su devoción había ido en aumento y aquella testarudez de conservar la virginidad para el amado elegido por ella se mezclaba en su culto, á un pensamiento de fidelidad á Jesús. Se reveló en ella un corazón ardiente de grande enamorada pronta á sufrir el martirio antes que faltar á la fe jurada. Y cuando su madre, con las manos cruzadas y desesperada, la suplicaba que cumpliese con los deberes conyugales, respondíala que ella no debía nada puesto que al casarse no sabía nada. Además de esto los tiempos cambiaron, el acuerdo en el Vaticano y el Quirinal había fracasado hasta el extremo de que los periódicos de

ambos partidos habían emprendido con nuevo ardor una campaña de ultrajes y difamaciones y aquel casamiento triunfal, para el que todos trabajaron, como si se tratase de una prenda de la paz, se derrumbó entre el desastre, y no fué más que una ruína añadida á tantas otras.

Murió Ernesta; se había equivocado su existencia truncada de esposa sin goces, rematada con su supremo error de madre. Lo peor fué que se quedó sola bajo la entera responsabilidad del desastre, porque su hermano el cardenal y *donna* Serafina la abrumaron con sus reproches. Para consolarse no podía contar más que con la desesperación del abate Pisoni, que había sido doblemente herido por la pérdida de sus patrióticas esperanzas y por el pesar de haber contribuído á semejante catástrofe. Y una mañana encontraron á Ernesta muy fría y lívida en su cama. Se habló de un accidente del corazón, pero el sufrimiento debió bastar por que la desdichada sufrió de una manera horrorosa, discreta, sin quejarse, como había sufrido durante toda su vida. Hacía ya cerca de un año que Benedetta estaba casada, negándose á satisfacer los deseos de su marido, pero no queriendo abandonar el domicilio conyugal para evitar á su madre la tremenda pena de un escándalo público. Sin embargo su tía Serafina influía sobre ella dándole esperanzas de una posible anulación del matrimonio si iba á arrojarse á los piés del Santo Padre. Y concluyó por convencerla desde que, cediendo ella misma á ciertos consejos, la dió como director espiritual á su propio confesor, al padre jesuita Lorenzo, en reemplazo del abate Pisoni. El jesuita, que apenas tenía unos treinta y cinco años de edad, era un hombre grave y amable, de ojos claros y expresivos y de una

gran fuerza para la persuasión. Benedetta no se decidió hasta el día siguiente de la muerte de su madre y solo entonces volvió á vivir al palacio Boccanera, en las habitaciones en que ella había nacido y acabado de morir su madre. Además, en seguida se entabló el proceso pidiendo la anulación del matrimonio que se presentó para su instrucción en primera instancia ante el cardenal vicario encargado de la diócesis de Roma. Se contaba que la *contessina* no se había decidido á dar ese paso hasta después de haber obtenido una audiencia secreta del papa que la dió pruebas de simpatía y la alentó. El conde Prada habló por su parte, al principio, de obligar á su esposa por medio de una providencia judicial á regresar al domicilio conyugal. Más tarde ante las súplicas del anciano Orlando, al que aquel asunto produjo gran pena, accedió á aceptar el pleito ante la autoridad eclesiástica, exasperándole más que nada el que la demandante alegase que el casamiento no se había consumado á consecuencia de la impotencia del marido. Este es uno de los motivos que suele aceptarse como válidos en el tribunal romano. El abogado consistorial Morano, una de las notabilidades del foro romano, hacía constar sencillamente que aquella impotencia tenía por única causa la resistencia de la esposa y sobre ese punto tan delicado, tan escabroso, se entabló un debate tal, que parecía imposible que de él pudiese salir la verdad; por una parte y por otra diéronse íntimos detalles en latín, se presentaron testigos, amigos, criados que habían presenciado escenas y se alegó la cohabitación de un año. Por último el documento más decisivo era un certificado firmado por dos comadronas las que declaraban que reconocida la joven conservaba intacta su virginidad. El cardenal vicario,

obrando como obispo de Roma, envió el proceso á la congregación del Concilio, lo que equivalía para Benedetta á un primer triunfo y en este estado se hallaban las cosas esperando ella á que la congregación resolviese de una manera definitiva y con la esperanza de que la anulación religiosa del matrimonio sería un argumento irresistible para obtener el divorcio ante los tribunales civiles. En aquellas frías habitaciones en las que su madre, sumisa y desesperada, acababa de morir, reanudó la *contessina* su vida de soltera y se mostraba muy tranquila, muy decidida en su pasión, habiendo jurado no ser más que de Dario y no entregarse á él más que el día en que un sacerdote los uniese santamente ante el altar.

Precisamente también Dario había ido á vivir al palacio Boccanera hacía unos seis meses á consecuencia de la muerte de su padre y de la catástrofe que le había arruinado. El conde Onofrio, que siguiendo los consejos de Prada vendió la villa Montefiori en diez millones á una sociedad financiera, dejóse arrastrar por la fiebre de la especulación que consumía á Roma y en vez de guardarse prudentemente en el bolsillo los diez millones se entregó á varias especulaciones, con suerte primero, pues consiguió rescatar sus propios terrenos, pero con tal desgracia después que lo perdió todo en un *krach* formidable que se tragó la fortuna de la ciudad entera. Completamente arruinado y hasta lleno de deudas no por eso dejó el príncipe de pasear por el Corso como hombre apuesto, sonriente y popular hasta que murió á consecuencia de una caída de caballo, y cuatro meses después su viuda, la siempre hermosa Flavia, que se las había arreglado de manera que pudo pescar en medio del desastre una villa moderna y cuarenta